

SECCION DOCTRINAL

SOBRE EL ARTE DE GOBERNAR EN ESPAÑA (1).

«Toda Nacion tiene el Gobierno que merece.
 »Detenidas reflexiones y una larga experiencia
 »hánme convencido de esta verdad, cual de un
 »axioma matemático.—Toda ley es, pues, inútil,
 »y hasta funesto (por muy excelente que ea si
 »misma sea), si la Nacion no es digna de ella, ó
 »no está hecha para ella.»

EL CONDE J. DE MAISTRE.—*Lettres et Opuscules.*

El principio de *gobierno* (como de realizacion y manifestacion externa del de *Autoridad*), es principio esencial en las humanas agrupaciones.

En ellas representa una ley divina de universal ordenacion, una suprema síntesis entre la libertad y el derecho, una elevada aspiracion de perfectibilidad y progreso, y un interés de unidad, de permanencia, de conservacion.

Sostenerle, sólo atendiendo á su propia virtud, independientemente de la forma que revista y del organismo en que se encarne, será por consiguiente sostener con el principio moral la libertad y el derecho, y un dogma de progreso y de conservacion, así de las monarquías, como de las repúblicas.

Bajo la inspiracion de esta idea, al calor de esta en mi profundísima conviccion, voy á trazar los renglones que siguen.

Ninguna intencion política (en el sentido interesado y bajo de la palabra), abrigaráse en ellos.

(1) Como ciencia de gobierno, y no como lucha de partidos, tratamos en este artículo, segun verán sus lectores, de la materia que su epígrafe indica.

A ningun móvil obedecerán que no conspire á la social defensa, de que tan necesitada se halla España, para desdicha de los buenos hijos que todavía le quedan.

¡Mil veces venturoso yo, si acertaran á provocar un concierto de espontánea conformidad y valiosa adhesion, con sólo traducir enérgica y fielmente, lo que há ya tiempo está en la conciencia de todos los españoles honrados!

I

A propósito de gobiernos, se han dicho, acá en España, y de todos tiempos, cosas muy peregrinas.

Háse dicho que España es país *ingobernable*. Y, pensándolo bien, tengo para mí que, al decir esto se achacan á la pobre cuanto asendereada patria española culpas del espíritu de rebeldía, que tanto distingue hoy á muchos de sus ingratos ó descastados naturales.

Mas el opuesto sentir no es infrecuente. Hay, en efecto, quien creyó tan dúctil, tan acomodaticia, tan manejable, tan *gobernable*, en fin, á la Nacion española, que se dejó decir, en un arrebato de soberbia, que bastaba con una mediana dosis de varonil energía para obligar á cualquiera cosa á estos mansos ciudadanos peninsulares, desde lo más noble á lo más abyecto; desde lo más bajo y criminal, hasta lo más sublime y heróico.

Pues meditándolo en sério, y sin desconocer que algunos hechos de nuestra lamentable historia contemporánea parecen abonar esta segunda opinion, inclínome á creerla hija de una confusion injusta, en que no pocos incurren. Aquí se confunden la clásica estultez, la falta de dignidad, la ignorancia, el apocamiento, que se advierten en ciertas porciones inferiores del pueblo, con el excéptico indiferentismo, la meridional apatía, y sobre todo, el cansancio y el desencanto de la mala política, característicos de muchas de nuestras comarcas y poblaciones rurales.

Lo bueno es, por otra parte, que los españoles; sin curarse de intervenir en el debate, ni decidirlo en favor de ninguno de los dos opuestos y afrentosos pareceres, que ya los tildan de díscolos, ya de ruines, y cual si blasonaran de menospreciar la contienda teórica para sólo atenerse á la cuestion de hecho, han dado en la flor de decir á todas horas, en todos los tonos y con cierta resignacion fatalista (producto de una série de positivos desengaños, sin esperanza de interrupcion), que há ya muchísimos años (algunos, los más leídos, piensan que va ya para siglos, que su estado normal es el *desgobierno*, ó lo que es lo mismo, la anarquía mansa ó brava: que en España lo que es gobierno *de veras*, ni le hay, ni de donde nos venga: á bien (añaden) que todo ello se explica por la ley providencial de las compensaciones; porque con un suelo tan féráz, y un cielo tan azul, y unas mujeres tan seductoras y un clima tan dulce, á ser posible el buen gobierno, esto más que Jáuja, seria el terrenal Paraiso, desde el Pirene hasta las columnas de Hércules: con que soñar que jamás hasta la consumacion de los siglos, pueda aquí aplicarse el ARTE DE GOBERNAR que tan dichosos y bien avenidos tiene á otros pueblos, segun los que se empeñan en concederles la *batutta* de la civilizacion, es soñar en lo excusado, en lo inverosímil, en lo imposible!...

¡Calle, calle!—siéntome yo inclinado á replicar á los que así discurren:—¡con que el ARTE DE GOBERNAR dijisteis!... Pues parémonos á reflexionar, siquiera por breve espacio; que la cosa bien lo merece.

Y ante todo:—¿existe ese *arte*? ¿Existe un conjunto de reglas, derivadas de principios fijos y superiores,—que esto ha de ser el arte, si no estoy trascordado,—y aplicables á la pública direccion de los Estados?... Sí, existirá, aunque punto ménos que desconocido en esta nuestra España, por el constante desuso en que se le tiene. Sí, existirá, cuando siquiera de oidas, sábese que funciona y está

en vigor en aquellas Naciones llamadas cultas, ya sean de primero, segundo, ó tercer orden, con tal que no lo fueren, como ésta, de perpétuo desorden. Sí, existirá, cuando tanto se habla de él; cuando tanto se insiste en reclamarle, —aunque sin resultado,—sobre todo en los momentos de mayor angustia y afliccion. Sí, existirá, cuando tantos Dulcamaras pregónanlo á voz en cuello, por la prensa y la tribuna, y lo descomponen en millares de específicos, todos, por lo visto, tan infalibles en el resto del mundo, como absolutamente ineficaces en esta extrema porcion del europeo territorio.

Pues adquiramos, acerca de ello, una séria y definitiva conviccion. Sepamos si ese *arte* es una verdad. Sepamos, si lo es, en qué consiste; si es digno de su nombre; si emana de principios superiores, inmutables é incontrovertibles:—que si así fuere, puesto que todas las leyes del mundo moral así rezan para unos como para otros países, así alcanzan á unos como á otros Estados (por lo mismo que han de ser, por su esencia, universal y fundamentalmente humanas), bien podremos colegir que es una solemne preocupacion española, tan sólo respetable por su antigüedad, la de que el arte del buen gobierno no nos sea aplicable: por donde concluiremos (y será consuelo, pues al fin indicará posibilidad, tan remota como se quiera, pero cierta, de remedio), que si no se aplica ese arte entre nosotros y la sociedad queda indefensa, es porque no se le quiere aplicar; porque grandes y chicos, sábios é ignorantes, magnates ó pecheros, hácese indignos de sus beneficios por sólo atender á sus particulares y mal entendidos medros: con que se demostrará una vez más que, en punto á gobierno, como en punto á otras muchas cosas, es perfectamente aplicable, como á la vieja del muladar, lo de

»arrojar la cara importa,

»que el espejo no hay por qué.»

•• Téngame Dios de su mano, en tal propósito, y vea yo

si alcanzo á apuntar aquellos obstáculos más graves, entre los que se oponen al arte de gobernar los pueblos, y á señalar despues aquel conjunto de elevados móviles y superiores principios, en todos y cada uno de los cuales queda informado el concepto total y esencia del Gobierno.

II

Empiezo afirmando que existe, en efecto, un ARTE DE GOBERNAR.

Sobre que, á poco que en ello se medite, vésele delinearse como resultante necesaria de toda la ciencia político-social por los siglos acumulada, ahí está en mi abono el elocuente testimonio histórico de los grandes legisladores é imperantes que mantuvieron florecientes sus Estados y los supieron conducir á la estabilidad, la paz y la cultura. Y en esto, bien puede decirse que los preceptos de la sabiduría y las enseñanzas de la historia no son sino confirmacion de lo que el raciocinio dicta, cuando se abraza con penetrante y comprensiva mirada la regla superior de relacion armónica en que coexisten, acá, en la tierra, la libertad y la autoridad, el individuo y el Estado.

Pero ese arte de gobernar ¿en qué consiste?

Aquí es donde las opiniones que concuerdan en admitir su realidad y necesidad, comienzan á dividirse: ó bien porque sólo abrace la mirada de sus mantenedores un aspecto parcial de la cuestion, ó bien porque sólo se deduzcan consecuencias de un sistema preconcebido, y más ó ménos artificiosamente elaborado.

Ambos defectuosos extremos, que, á no dudarlo, son dos terribles escollos para la solucion del trascendental problema del Gobierno (porque las cuestiones complejas no son solubles sino planteándolas íntegramente, y el espíritu de sistema, por mezquino y cerrado, achica el horizonte, rebajando el punto de vista) ámbos extremos, repito, son comunes y frecuentes: como que es achaque del

entendimiento humano (áun prescindiendo del influjo letal de las pasiones) así el no poder sustraerse á la presión avasalladora de las ideas preconcebidas como el anticiparse á proclamar su victoria apenas un solo rayo de la luz de la verdad lo ilumina y enardece.

El buen sentido exige, por tanto, que nos apercebamos contra tales achaques de la frágil y limitada razón, no ménos que contra los que amagan y enflaquecen nuestra naturaleza física, si no queremos trocarlos en dolencia á la postre incurable. Pero ello es que el buen sentido no siempre es tan consultado ni ménos escuchado y atendido como fuera justo; y, en vez de desconfiar de la propia inclinación á ver las cosas de tal ó cual color y apelar de nuestra individual insuficiencia para ante las enseñanzas de la razón universal y las experiencias de todos los pueblos que en el mundo han sido, los aspectos mezquinos y parciales de la verdad tuvieron siempre fácil acogida entre los hombres, y fué de todos los tiempos la más poderosa rémora con que tropezó el positivo progreso científico, en todas las ramas y esferas del saber, el funesto espíritu de sistema.

Abundan los ejemplos de uno y otro, relativamente al asunto que nos ocupa.

Así, unos dicen:

—Gobernar es *transigir*.

Y dicen otros:

—No. Gobernar es *resistir*.

Pues éstos, como aquellos, padecen á mi entender ese achaque tan comun, gracias al cual sólo se abraza un aspecto parcial de la cuestión: y gobernar es á la vez resistir y transigir, si por un lado ha de defender el Gobierno la existencia del cuerpo social contra los enemigos interiores y exteriores, contra las ingerencias de los extraños y la anarquía, perturbación ó rebeldía de los propios, y por otro lado ha de acomodar la dirección que imprima, á los

movimientos colectivos, á lo mudable de las circunstancias y de los tiempos, á las nuevas aspiraciones que traen los siglos, aunque manteniendo siempre incólumes los principios esenciales, á la manera que el experto timonel gobierna el andar de la nave, no segun su arbitrio y fantasía, sino segun le indican la marcha de las corrientes y el continuo mudar de los vientos. Respecto de lo fundamental, de lo permanente, de lo absoluto, gobernar es resistir. Mas respecto de lo secundario, variable y contingente, gobernar es transigir.

Así tambien oimos que unos dicen:

—Gobernar es *conservar*.

Y otros replican:

—No. Gobernar es *progresar*.

Y hé aquí dos nuevos aspectos, estrechos y parciales, del problema; pues gobernar es, á la vez, conservar y progresar. En estos dos fines se descompone el fin total de las sociedades humanas, y por consiguiente, de sus gobiernos, siendo cada uno de ellos condicion necesaria del otro: de tal suerte, que ni es posible progresar sin conservar, pues no se perfecciona lo que no permanece, ni tampoco lo es conservar sin progresar, ya que en los decretos de Dios esté escrito que perezca cuanto se aparte de la propia ley, y propia ley es para los hombres la perfectibilidad de su naturaleza físico-moral, como misteriosa escala, cuyos grados ascendentes hay que recorrer, á fin de que cada vez se eleve y aproxime más la criatura hácia su Criador, suprema é infinita perfeccion. Ni al principio de conservacion ni á la ley del progreso se sustrae jamás la humanidad, tomada en su conjunto; pero pueden sustraerse la Naciones, como agrupaciones distintas de la gran familia humana. Por esto la humanidad no muere, pero mueren las naciones en la historia. Mueren las que no supieron mantener los elementos permanentes de vida que encerraban en su seno, como mueren las que

se encerraron en ellos y se negaron á marchar: éstas, por haber violado la ley del progreso; aquellas, por haber violado el principio de conservacion.—Gobernar, no es, pues, sólo conservar, ni sólo progresar: es conservar y progresar á un tiempo: es progresar dentro de los elementos propios de conservacion: es realizar totalmente el fin humano, dentro de las naturales condiciones de la vida nacional.

III

Hasta aquí las dificultades que nacen de no abrazar la cuestion toda entera, de concretarse á uno solo de sus aspectos, ó darle, por lo ménos, tal preponderancia, que vengan á quedar como eclipsados y oscurecidos los restantes.

Hay que agregar á ellas las que se originan en el espíritu de sistema, por el exclusivismo, que es de todo sistema característico. Y son de tanta monta en la esfera de las ciencias morales y políticas, por referirse éstas al progreso moral de los pueblos, que así como, cuando se trata del progreso material, dificultades de análoga entidad resuélvense en meras paradas y pequeños retrocesos, luego compensados con gigantescos movimientos de avance, cuando del progreso moral se trata tradúcense tal vez en humillante decadencia, en años y años de eterna lucha, en mares de sangre, y en definitiva, inevitable ruina de los mejor cimentados imperios.

Pero ¡qué mucho que así acontezca, si en el un caso sólo hay tardanza ó rémora en el descubrimiento ó en la aplicacion de las leyes por que se rige la materia, y es en el otro el espíritu, el espíritu y sentimiento íntimo de un gran pueblo, quizá, el que se encuentra oprimido, y sufre y enferma!

¿Acaso no es el espíritu rey y señor de la materia, lo mismo en las colectividades que en los individuos?—Suponed paralizado un miembro del cuerpo del hombre...

¡Cuánta tortura física! ¡Pero cuán admirable y grande la lucidez, la dominación, la libertad del espíritu, en medio de los más acerbos y tenaces dolores! Suponed ahora paralizada el alma; suponed anulada, herida de muerte la facultad de pensar y de querer. ¿Dónde está entonces el hombre, el hombre verdadero? ¿Qué fué del sér racional? ¡Ah! el cuerpo alienta, funciona, vive todavía; más el hombre, el verdadero hombre, dejó de ser, dejó de existir.—Del mismo modo: que aparezca el espíritu de sistema dificultando, entorpeciendo al progreso material: sentiráse la sociedad impotente para tocar la meta de sus aspiraciones, enervaráse tal vez en su desarrollo físico; pero vivirá y vivirá quizá dichosa y bien hallada con su relativo atraso. Mas que llegue para la sociedad política una hora funesta, una hora maldita, en que el espíritu de sistema se enseñoree de su progreso, de su estado moral, desviándolo de sus naturales cauces, alejándolo de las floridas márgenes que fecundaba á su paso, escalando, por odioso derecho de conquista, las esferas del poder, y proclamándose con satánico orgullo y por su propio sufragio, Autoridad, Libertad, Orden y Derecho. ¡Ay entonces de esa sociedad, si volviendo sobre sí misma, no halla en su seno fuerzas bastantes para aniquilar ese gérmen ponzoñoso! ¡Contados serán sus días! Será desde luego presa de malestar indefinible; aflojaránse despues en ella todos los vínculos de amor, de respeto, de ciudadanía; los móviles generosos, levantados y nacionales cederánle el paso á los ódios, las concupiscencias y rencores; y vendrá por fin la division; y tras de la division la guerra; y será sin remedio perdida: que está escrito por la Eterna Sabiduría:—*Nacion dividida, perecerá!*

En verdad, á dos, generales, comprensivos y entre sí opuestos, cabe reducir todos los sistemas en materias de gobierno:—El que todo lo sacrifica á la autoridad y el que á la libertad lo sacrifica todo.

Dice aquél:

—Gobierno es orden. El orden lo impone la autoridad. Luego *gobernar es extremar la autoridad*.

Y dice éste:

—No. Gobierno es orden. Pero el orden nace de la Libertad. *Luego gobernar es limitar á la menor expresion posible la Autoridad, y fiárselo todo á la Libertad*.

Aquél, engendró en la historia todos los géneros posibles de socialismo y de despotismo. Éste, todas las utopias pulverizadoras y disolventes del individualismo moderno. Uno y otro, por su exclusivismo sistemático, están por igual condenados ante el inapelable tribunal de la experiencia universal, antigua y contemporánea, para todo hombre pensador y sesudo.

¿Estánlo de igual modo ante la razon? No cabe dudarlo.

No ménos necesarios y verdaderos el uno que el otro son los principios de que entrambos sistemas, respectivamente, parten.

¿Para qué es la libertad humana, racionalmente entendida? Evidentemente para marchar á la consecucion del fin humano, mediante la libre eleccion de los medios cuya adecuacion la inteligencia determina. Y todo fin superior, supremo, ¿no supone una suprema ordenacion, una direccion superior á él enderezada? Pues hé aquí la razon de la Autoridad, necesidad moral de derecho, de orden ó justicia, sentida en lo más hondo de la naturaleza humana, en cuanto naturaleza racional, en cuanto naturaleza libre.

¿Para qué es, por consiguiente, la autoridad social? Evidentemente para encaminar á la sociedad á la consecucion de su fin, bajo la base de una regla ú ordenacion á que todas las voluntades estén subordinadas. Pero ese fin social, á que la autoridad aproxima, ¿no es, á su vez, *medium* del fin individual? ¿No es, despues de todo, el individuo el factor inevitable y único de la sociedad, y en

este concepto la autoridad garantiza de la libertad individual, cuando legítimamente facilita á cada uno la realizacion de su fin propio, segun sus naturales y relativas condiciones? Pues hé aquí la razon de la libertad, condicion de dignidad, de justicia, de perfeccionamiento en la vida.

Luego la libertad supone autoridad, como la autoridad libertad.

Luego esos dos principios no se excluyen, ya que se suponen.

Luego no pueden ser exclusivos.

Luego no pueden ser base de un sistema que tienda á destruir uno de los dos en beneficio del otro.

Luego la verdad no está en el prevalecimiento de la autoridad sobre la libertad, ni en el de ésta sobre aquélla, sino en la natural armonía de entrambas y en la recíproca limitacion de la una por la otra, refiriéndose constantemente la unidad á la muchedumbre y ésta á la unidad, segun el profundo sentido de la máxima de Pascal.

Luego esos dos principios no fueron jamás antitéticos, sino coexistentes y colaterales.

Luego el sistema autoritario y socialista, y el sistema individualista y antisocial, que descansa en el concepto absoluto de la libertad, no están solamente condenados por los resultados historicos; estánlo tambien ante la razon: y no porque sea falso el principio que respectivamente invocan, sino porque con la exageracion del mismo páran en la destruccion del que, léjos de serle opuesto, le es congénitamente armónico.

Luego gobierno es orden; pero orden no es autoridad solamente, ni solamente libertad, sino armonía de la autoridad social con la libertad individual, y limitacion de ésta por aquélla.

IV

Hé aquí apuntados algunos graves escollos con que el arte de gobernar tropieza (áun prescindiendo de los que

proviene de las condiciones especiales de raza, historia, temperamento, clima y fisonomía especial de cada pueblo.)

Si pretendemos salvarlos, descartando todas esas dificultades, que, como se ve, provienen del desconocimiento total ó parcial de los principios superiores de gobierno, y á la luz de estos mismos principios queremos, abarcando todo el problema político-social y sin descuidar ninguno de sus esenciales factores, sentar en tal materia las bases de una sólida construcción, hallaremos que, en toda República, como en toda Monarquía, en todo clima, como en toda latitud y en todo tiempo,

Gobernar es :

Guardar fidelidad al sentimiento nacional;

Defender con energía y constancia los elementos de soberanía y autoridad que en el Gobierno se encarnan y simbolizan, así contra toda agresión exterior, como contra toda interior perturbación;

Mantener puro é inflexible, sobre todos y contra todo, el principio de Justicia;

Administrar el público interés, con subordinación de todo egoísmo y de todo interés privado que se le oponga, entendiendo así la tutela social;

Y cuando, ó por inercia ó por incuria, han dejado de lograrse todos y cada uno de esos elevados fines, y hánse desencadenado las tormentas, hacer incondicionales esfuerzos — con plena conciencia de todas las responsabilidades aceptadas, bajo el estímulo de la gloria ó el ménos noble estímulo de la ambición, — para tornar la combatida nave á su rumbo natural, ó perecer como buenos en la demanda. — « *Los Ministros grandes* (escribía nuestro don Diego de Saavedra Fajardo en su notable CORONA GÓTICA), *han de ser, en los trabajos comunes de los reinos, como las columnas, que sostienen los edificios hasta que caen debajo de la ruina dellos.* »

El *sentimiento nacional* tiene un triple aspecto, histórico, civil y religioso. Históricamente, aman los pueblos su leyenda, en la que anda confundido el desarrollo de sus instituciones políticas con sus hechos heroicos, y las páginas de inmarcesible gloria tienen á la vuelta relatos de inmensos infortunios; y la aman como se ama el abolengo de familia que da realce y reflejos á la propia personalidad. También aman los pueblos su vida interior, su vida normal, su vida civil: sus hábitos, sus costumbres. No ménos aman la fe religiosa en que se fortaleció su espíritu, en que murieron sus mayores, en que se consagró su hogar, en que se iluminó la tumba de las pasadas generaciones.

Poner la aleve mano en esa delicada fibra, es convertir al Gobierno en tiranía; y no hay tiranía que no sea debilidad.

Pues, por la inversa, guardando fidelidad á ese sentimiento, la idea del Gobierno se agranda y ennoblece, porque toma las ideales proporciones de la de Patria, identificándose con ella. Y esto responde, en el Gobierno, al sentimiento del honor, que el patriotismo depura, tan distante del repulsivo orgullo como de la necia vanagloria.

Al defender el Gobierno la autoridad y la soberanía propia contra toda agresion, fortalecese con la conciencia de su propio derecho, que en todos difunde. Y esto responde, en el Gobierno, al sentimiento de su propia fuerza.

Manteniendo inflexible la Justicia, así la distributiva como la conmutativa, réalzase el Gobierno con el sobrehumano reflejo de la Divina Justicia, de que es imágen acá en la tierra, y hace las veces de una segunda Providencia que escuda á los débiles contra los fuertes. Pero la inflexibilidad de la Justicia no excluye la clemencia, ni es clemencia excusar el rigor de la pena, cuando la impunidad de unos pocos criminales habrá de producir, á la corta ó á la larga, centenares de víctimas inocentes. Esto es debido al culto de la eterna verdad.

Subordinándose al interés público todo interés egoista y pequeño, venga de donde viniere, realizase por el Gobierno el bien comun, en beneficio de todos y cada uno de los asociados. Esto es lo que responde en el Gobierno á la tutela que le incumbe.

Y por último : en la hora suprema de la crisis, cuando la sociedad agoniza, cuando la patria sucumbe, sacrificarlo todo á su salvacion, poner el Gobierno á su servicio inteligencia, corazon, hacienda y vida, y si cae en ruinas perecer con ella ó con ella hundirse, es lavar con la abnegacion la mancha de la torpeza, y lo único que responde en el Gobierno, plena y cumplidamente, al sentimiento de su propia dignidad.

No estimo necesarios mayores comentarios para justificacion de mi tésis ó de las proposiciones en que la desenvuelvo. Mediten en todo su alcance los hombres pensadores que esto lean, y se convencerán conmigo de que dentro de tales reglas hay Gobierno posible. Fuera de ellas, podrá haber opresion, dictadura, violencia; pero Gobierno, jamás.

Y esas reglas son tan independientes del espíritu que anima á los Gobiernos, como de las diversas formas que pueden revestir. Ellas se imponen como necesarias, ya gobiernen las teocracias como las aristocracias, bien fuere mesocrático, bien democrático el Gobierno. Ellas se imponen como necesarias, así en la Monarquía absoluta como en la templada y constitucional, y lo mismo en las Repúblicas unitarias que en las federativas. Ellas se imponen porque son resultado de la esencia moral de toda agrupacion y colectividad humana: porque lo que ha de ser, es.

V

Hagamos ahora aplicacion de estas ideas á nuestra España, y digámonos ya la verdad, toda la verdad.

¿Es ese el arte de gobernar que en España se aplica?

¿Están tales reglas de tal suerte en la conciencia de todos, que la opinion, áun la parte más sana é ilustrada de la opinion, las mantenga y aplauda, forzando á respetarlas á cuantos Gobiernos se suceden aquí con vertiginosa frecuencia?

O más bien, y en puridad de verdad, conspiran todos aquí por conculcarlas, debilitando cada dia más su nocion en la mente del engañado pueblo, víctima inevitable de su propio yerro?

Responda, responda por mí el general clamor que en toda tierra de España se levanta porque se *haga órden* y se *haga Gobierno*, segun es moda decir en el bárbaro lenguaje, que emplear solemos, como una de tantas consecuencias de nuestra nacional degeneracion.

Respondan, la sociedad indefensa, el orgullo nacional humillado, la autoridad escarnecida, la justicia burlada, todo interés egoista por las nubes, todo interés público por los suelos.

Respondan, en fin, tantos y tantos gobernantes españoles, del pasado, del presente, y probablemente tambien del porvenir, que huyeron cobardemente del peligro y abandonaron la social defensa, cuando sintieron cuartearse el viejo y venerando edificio, contra el cual habian desencadenado todos los vientos de las malas pasiones, ó que necesitaron llegar á tocar con sus manos las heridas de la pátria, chorreando sangre, para deshauciarla cínicamente los más inícuos, ó reconocer su obcecacion y miopismo los más honrados; unos y otros despues de haberse envanecido con poseer el sublime secreto de la ventura pública.

Porque ese mal no es de hoy. Es tan antiguo, que no parece sino mal de raza; y si yo fuera fatalista, si no tuviera firme conciencia de que no hay condiciones orgánicas, ni condiciones de clima, por desfavorables que sean, de que no puedan dar cuenta los principios morales, cuando se aplican y mantienen con energía y constancia, ¿có-

mo habia de resistirme á hacer coro con los que arrojan como un estigma al rostro de su patria el *Lasciate ogni speranza* del poeta?

Y sino, veamos. Yo introduzco hasta el corazon de la historia nacional el implacable escalpelo. Y, á partir de la desaparicion de la España caballeresca, del remate de la Reconquista, de la toma de Granada y de la sublime aventura del marino genovés, ¿qué revuelvo sino entrañas corrompidas ó laceradas, miembros putrefactos de un cuerpo tiempo há en descomposicion?

Y ¿no lo habré de decir? ¿No habré de imitar al impasible anatómico que muestra en el anfiteatro la causa evidente del mal, por repugnante que sea el espectáculo?

¡Oh! sí. Yo lo proclamo á la faz de España, con inquebrantable convencimiento. Llegamos entónces al pináculo de nuestra constitucion, de nuestra virilidad, de nuestra gloria. De ello atestiguan la unidad nacional, la conquista del Nuevo Mundo, y un admirable conjunto de instituciones tradicionales, civiles, religiosas y populares, corohado con la firme alianza entre las Córtes y el Rey, de que da testimonio elocuente el codicilo de Isabel I.

Desde entónces acá, estamos en plena y no interrumpida decadencia.

Desde entónces acá, han regido á España la Monarquía tradicional, la Monarquía constitucional, y la Revolucion democrática, lógicamente encarnada en la República.

Pues ¿cómo gobernó á la España la Monarquía tradicional?

¿Guardó fidelidad al organismo histórico y al sentimiento patrio? Dígalo la mesocracia deshecha en Villalar, y dígalo la aristocracia expulsada de las Córtes y anulada en los oficios palaciegos. Díganlo los más hidalgos sentimientos españoles, así como los más caros intereses nacionales, puestos al servicio de la política dinástica, sueño funesto de unificacion religiosa por la violencia, y de uni-

versal dominacion por la conquista. ¿Mantuvo incólume, veneranda y pura la Justicia? Díganlo los abusos jurisdiccionales ; dígalo el Santo Oficio, pronto trocado en cruel instrumento de una política personal y tenebrosa. ¿Veló solicita por el público interés? Dígalo el régimen del privilegio como base de toda administracion. Pero ¿defendió, siquiera, la dignidad de la Nacion, y supo volver por su integridad y morir por ella en la hora del supremo peligro. Dígalo el testamento de Carlos II; díganlo las intrigas del partido *fernandista* en la córte de Carlos IV y ante las amenazas de Napoleon; ¡díganlo, en fin, las ignominiosas abdicaciones de Bayona!

Y la Monarquía constitucional, ¿cómo gobernó la España?

¿Supo ser fiel al sentimiento nacional y á las tradiciones pátrias? Dígalo la servil imitacion de todo lo exótico, con olvido y menosprecio de lo propio y español, desde las primeras fórmulas de nuestras Constituciones políticas hasta los más graves abusos del Parlamentarismo. ¿Amparó de veras el principio de autoridad? Díganlo las incessantes convulsiones intestinas, no siempre fraguadas en los antros de conspiracion, sino alentadas no pocas veces desde las más espléndidas moradas cortesanas. ¿Enalteció firmemente la Justicia? Dígalo la inamovilidad judicial, con tanta constancia en los Códigos fundamentales preceptuada, como barrenada en los decretos de la *Gaceta*. ¿Subordinó al interés público los intereses particulares y egoistas? Dígalo la invencion de la palabra *empleomanía*; díganlo los abusos de las instituciones de crédito y de las sociedades concesionarias de obras públicas; la policía ineficáz, ó torpe y opresora; la seguridad personal nunca lograda. — Y en la hora suprema, en el momento en que la tempestad rugía con más fuerza, entónces, entónces, cuando era menester morir abrazándose á la gloriosa enseña de la España de Isabel la Católica y de Carlos I,

cuando todo se bamboleaba, trono, altar é instituciones representativas; en aquella hora terrible, ¿qué hubo sino defecciones y cobardías, arriba y abajo; qué, sino traicion, apocamiento y abandono? ¿Quién hubo que cumpliese aquí con su deber? ¿Quién, que fuese digno hijo de esta tierra, un tiempo tan hidalga, tan caballeresca, hoy tan envilecida, tan prosáica?

Y al fin se consumó la revolucion democrática, y vino en la República á tomar cuerpo y encarnarse. Pues bien; ¿cómo han gobernado á España la revolucion y la República?

¿Guardaron fidelidad al sentimiento nacional? Dígalo la impunidad que gozaron despues de proclamado el principio de la libertad religiosa é inviolabilidad de la conciencia, los que hicieron escarnio y befa de la religion tradicional de la inmensa mayoría de los españoles: díganlo los templos profanados: dígalo la unidad de la nacionalidad española, esa gloriosa unidad á costa de ocho siglos y de tantas generaciones lograda, rota en el proyecto de Constitucion federal, y puesta, en Alcoy, á merced de los incendiarios, y á merced de los *piratas* en Cartagena. ¿Sostuvieron la autoridad y la soberanía en España? Díganlo el derecho de insurreccion en perenne ejercicio y la grande afrenta que nos hizo devorar la *República hermana* en la incalificable cuestion de la presa del *Virginus*. ¿Mantuvieron incólume á la Justicia? Dígalo ese *Deus ex machina* invisible, que detuvo su accion para el castigo de los más horrendos crímenes, hasta para los crímenes de Estado. ¿Antepusieron al interés privado y egoista el general y público? Dígalo el mercado de destinos, el descenso de nivél para obtenerlos: díganlo, en fin, todas las miserias de que se dijeron abochornados los más honrados entre los nuevos repúblicos. Pero en la hora del supremo conflicto, cuando pudo entreverse que otra vez iba á reproducirse la historia, y el hermano volvería á destrozar al hermano,

¿salvó á la patria la revolucion? ¿La salvó la República? Díganlo las sangrientas proporciones que ha llegado á tomar la guerra civil, ese azote de los pueblos decadentes: díganlo las honradas inconsecuencias, á que fué forzoso apelar, al sentir sobre los hombros la mano del gigante, con tan ciega conducta alimentado y nutrido.....

¡Ah! ¡Humillen todos la cerviz! ¡Todos aquí prevaricaron! ¡Todos conculcaron y envilecieron aquí la Autoridad! Todos comprometieron el porvenir de la Nacion;

Gemid, gemid, hispanos;

¡Todos en él pusisteis vuestras manos!

Y no invoquen, ni éstos ni aquellos, ni los de arriba ni los de abajo, no invoquen tardíamente el perdon de Dios y el olvido de la Historia. Ni es posible que la Historia olvide, sin dejar de ser Historia; ántes renueva y perpetúa indefinidamente su fallo al través de las generaciones que habrá de aleccionar: ni puede Dios perdonar, porque es Justo, ese constante crimen español de lesa patria, con que aquí nos estamos manchando todos, con mengua de la moral y del honor.

Tíldeseme de exagerado, enhorabuena. ¿Será porque omito lo poco bueno, por no mentar sino lo mucho malo? Si así fuere, acepto la acusacion: que entiendo yo que á las Naciones decadentes no les es lícito detenerse en las páginas gloriosas de sus anales, sino para sonrojarse más, y que, si la fibra nacional puede aún vigorizarse, ha de ser tan sólo en presencia de la horrible, desnuda, amarguísima REALIDAD.

Véala, por fin, tal cual es, la verdadera opinion pública, hoy señora de sí misma y señora del mundo. Véala y reaccíonese. Véala y proclámela con entereza y dignidad. Cumpla con sus deberes, si es que quiere formar concierto con los pueblos cultos y libres. Para ello, estréchese,

acentúese, venga á perfecta unanimidad, siquiera en los tres ó cuatro principios esenciales y salvadores de toda sociedad humana; y luego ejerza su señorío, é impóngase. Piense que el conjunto de elementos conservadores y progresivos en que el buen Gobierno descansa, así es ineludible en una República como en una Monarquía; pues con Monarquía y con República, así puede hundirse ó salvarse la patria, segun los principios se mantengan ó destruyan. Abrácese á ese lábaro de regeneracion nacional; pléguese ante él las opuestas banderas de partido; déjense para dias mejores, lo mismo las aspiraciones de escuela que los pugilatos de ambicion, que nos enconan, dividen y pulverizan; y cuando todo esto se consiga, tendremos patria, instituciones, defensa social, libertad y Gobierno.

Pero ¡ay, si nada de esto se consiguiere! En estado perpetuo de vana teoría el arte de gobernar, y jamás alcanzados sus beneficios, continuaremos arrastrando nuestra miseria, tanto más repugnante cuanto más la pongan de relieve los retazos de civilizacion con que pretendemos encubirla. La nacionalidad, la verdadera nacionalidad española, será sin remedio perdida en no lejano plazo. Esta patria nobilísima, esta patria de dos mundos, esta patria de la Realeza y las Córtes, de la tradicion y la libertad, esta patria en cuya literatura y en cuyo génio tanto aprendieron los extraños pueblos que hoy la humillan, caerá para siempre en el sepulcro de su vergüenza; y su rica, su armoniosa, su dulcísima lengua, hablada todavía en la tierra por millares y millones de séres, sólo parecerá á los venideros lúgubre epitafio de su grandeza, eco tristísimo que irá desvaneciéndose con el polvo de los siglos.

IGNACIO MARÍA DE FERRAN.



CARTAS Á UN OBRERO

CARTA VIGÉSIMA SEGUNDA.

Apreciable Juan: En mi última carta te anuncié las graves cuestiones que teníamos que tratar en las sucesivas: tal vez habrás notado, y si no, quiero hacértelo notar yo, que en la lista de las cosas que teníamos que discutir no estaba la más importanté, la que influye en cada una, la que las envuelve todas, la que rodea nuestra alma como la atmósfera rodea nuestro cuerpo: la religion.

El primer motivo que tengo para no hablarte largamente de religion, es mi insuficiencia; el temor de no tratar el asunto como debe ser tratado, con la profundidad y elevacion que necesita, con la ciencia que requiere. No hallando ya todas las razones que hay para persuadirte, creerias que no habia más de las que te daba, y tal vez confundirias la causa, con la debilidad del campeon que la defendia. El segundo motivo es mi falta de autoridad, porque siendo mujer no la tengo en cosa alguna que sea grave, y en tratándose de creencias, para la mayor parte de los hombres seré sospechosa de error, de fanatismo, de supersticion, que así llaman á la fé los que no la tienen: el no haberla perdido se considera como una de las debilidades del sexo. ¡Ay de tí, Juan, ay del mundo y del porvenir de la humanidad si las madres, las hijas y las esposas no creyeran en Dios; si en medio del soplo glacial del escepticismo, no mantuviesen en su corazon el fuego sagrado; si en la tempestad no salvaran el arca santa; si no opusieran á las negaciones sofisticas, una afirmacion sublime, incontrastable, y no proclamaran muy alto que el sol no deja de brillar en el cielo, porque un eclipse momentáneo prive á la tierra de su luz! ¡Ay del hombre el dia en que la mujer no crea en Dios! Pero ese dia no llegará; la mujer atea es una especie de mónstruo, y los mónstruos son excepciones raras; si una mitad del género humano no ve más que la tierra, y la ensangrienta y la afiije, la otra mitad volverá siempre los ojos al cielo, y la blasfemia del hijo, será perdonada por la oracion de la madre.

He leído en alguna parte, que hay navegantes en buques muy sólidos, de una construcción particular, que en las borrascas cierran las escotillas, abandonan el barco á merced de las olas, y se embriagan. Cuando el huracán cesa y el mar no brama ya, suben sobre cubierta, se orientan, ven donde están, y se dirigen á donde deben ir. Algo se parecen á ellos los pueblos en esta hora; en la tempestad de sus iras, también se encierran dentro de sus errores y se embriagan. La tempestad pasará; los hombres, sintiéndose impulsados á dirigirse á donde deben ir, preguntarán dónde se hallan; aquellos que han conservado la fé en Dios les responderán, y su repuesta será para estas almas desorientadas, lo que es la brújula para el marino.

Debo hacerte notar, Juan, que aunque la mujer sea más piadosa, no es la única que cree; pensar que sólo los ignorantes tienen fé, es una gran prueba de ignorancia. La impiedad, que hace un siglo aparecía arriba, hoy ha descendido á las capas inferiores, y lejos de indicar saber, denota falta de ciencia: es como una densa nube que de los altos montes ha descendido á los valles, robándoles la luz del sol, que brilla ya esplendente en la cima de las montañas. Ni la ciencia, ni el arte en ninguna de sus manifestaciones, es hoy atea; si pudieras leer lo que se escribe, verías que los que piensan, creen en algo, que por lo ménos dudan, y que esas afirmaciones impías no son de nuestro siglo, mucho más religioso de lo que se supone. La impiedad ha bajado de las academias á la plaza pública; hace más ruido y dá más escándalo, pero no tiene tanto poder. Sábelo, Juan, no la fé, sino la impiedad, es hoy cosa de ignorantes; si imaginas darte importancia diciendo que no hay Dios, te rebajas por el contrario, porque los hombres que más valen, creen en Él. Deseo, porque te deseo todo bien, deseo que cuando seas anciano, débil, ó por cualquier motivo desdichado, crean igualmente los que estén cerca de tí, los que puedan consolarte.

Ahora vamos á tratar de la *igualdad*, que sólo incidentalmente tocamos en aquella carta en que procuré demostrarte que la miseria es lo que debemos combatir, no la pobreza, que es ley económica del hombre. Necesario fué allí decir algo sobre la igualdad; necesario es hoy discutirla más á fondo. Bien quisiera evitarte repeticiones, pero están en la índole del asunto, y espero

que no las lleves á mal: en materia tan grave, la utilidad es lo primero, y lo último la hermosura del plan y las galas del estilo.

Cuatro son las principales causas de la desigualdad entre los hombres.

- 1.ª La conquista.
- 2.ª El error.
- 3.ª La injusticia.
- 4.ª La naturaleza.

La conquista ha sido hasta aquí fuente perenne, abundante y turbia de inícuas desigualdades. Los conquistadores se establecían en el país conquistado, se apoderaban de toda ó de la mayor parte del territorio, y gozaban en holganza, de los bienes y del trabajo de los conquistados. Los señores, la mayor parte al ménos, han sido por muchos siglos los descendientes de los vencedores; los pobres, los descendientes de los vencidos: los primeros eran la nobleza, los segundos la plebe. En pocos pueblos de Europa dejará de haber algun vestigio del origen de esta desigualdad, y en Inglaterra, por ejemplo, muchos magnates hay todavía que descienden de los conquistadores normandos.

Esta causa de desigualdad ha desaparecido. Ni las guerras son ya de conquista, ni el conquistador, aunque existiera, tendría la pretension de formar una casta aparte al tomar posesion de la tierra conquistada. En las provincias que, por ejemplo, la Prusia arranca á la Francia, los soldados prusianos no han despojado de sus bienes á los ciudadanos franceses; no se han sustituido á ellos condenándolos á la servidumbre y erigiéndose en clase superior y prepotente. La victoria no está del todo sorda á la voz de la justicia; la violencia se detiene ante el derecho; y la conciencia general sirve de dique al desbordamiento de las pasiones anti-sociales. Progreso notable: la guerra causa dolores, ¡oh, muy grandes! es fuente de crimines é injusticias, pero al ménos, no establece castas que perpetúen la herencia de iniquidad.

El error dá tambien origen á las desigualdades sociales. El hecho repetido, constante, aparece como una ley que hace callar la conciencia, y ofusca entendimientos claros, génios de primer orden, para los que la mayor de las desigualdades entre los hombres, la esclavitud, pareció estar en el orden de las cosas. El hecho, cuando es universal y constante, de tal modo reviste las formas de la

derecho, que parece injusticia negarle título legítimo; tiene tal fuerza, que parece temeridad atacarle, y si los heroicos temerarios, mártires tantas veces, que han negado á las seculares injusticias de los hombres el carácter sagrado de leyes de Dios, merecen bien de la humanidad, debemos ser tolerantes, y no negar buena fé á los que no pueden sacudir el peso de los siglos, ni tener por malo lo que ellos han tenido por bueno.

Donde hay castas, las que oprimen se creen de buena fé superiores á las oprimidas, y vén tan claro su derecho á servirse del hombre inferior, como nosotros vemos el de utilizar como más nos convenga las fuerzas del buey ó del caballo. Sin llegar á este extremo, cuando es muy marcada y muy permanente la diferencia de clases, las elevadas creen en la inferioridad innata de la plebe, tienen por inevitable su abyeccion; llaman lazos necesarios á los pesados eslabones, orden de las cosas al de sus ideas, y quieren ustificar á la Providencia haciéndola la mayor de las ofensas, que es mirar como obra suya, males que son el resultado de la infraccion de sus leyes. Los que tienen por inevitable y justa la situacion de los caidos, ¿cómo han de trabajar eficazmente por levantarlos? En algunos casos, la generosidad de los sentimientos hará faltar á la lógica de las ideas; habrá una hermosa contradiccion entre lo que se piensa y lo que se hace; pero la regla general será, que la pereza y el egoismo se acomodarán bien con una teoría que los releva de todo trabajo, de todo sacrificio, y nada harán para acercar á sí á los que creen separados por el abismo de la necesidad. El número de estas personas no es corto, aunque disminuye cada dia; tenlo presente, Juan, por si hallas en tu camino alguna que te ofenda con su manera de ver las cosas: no le niegues buena fé; piensa que se equivoca nada más, como es probable que te equivocaras tú si te vieras colocado donde está.

La injusticia es otra causa de desigualdad. Hay personas que se elevan por malos medios; que una vez elevados, si no perseveran en su mal proceder, por lo ménos no hacen nada para hacer olvidar, neutralizandola con buenas obras, aquella culpa á que deben su fortuna. No es raro que con soberbia é infatuacion, den á entender la distancia que los separa de los que fueron sus iguales, y leguen á sus hijos juntamente con un capital cuantioso, una suma no pequeña de desden injusto.

De estas tres causas de desigualdad, la conquista, como te he dicho, no existe.

El error se disminuye cada día.

La injusticia se retira más despacio, y deber tuyo, y mio, y de todos, es, no tener con ella ninguna especie de complicidad; quitarle todo apoyo; dar á la moral fuerza de ley, de tal modo, que el que contra ella quiera elevarse sobre los otros, caiga más abajo que ninguno.

El cuarto origen de las desigualdades sociales, es el que viene de la naturaleza. No será necesario esforzarme mucho para probarte que los hombres no nacen iguales: ves hermanos que reciben la misma educacion y se hallan en idénticas circunstancias, ser diferentes, si no ya del todo opuestos. Uno es tímido osado el otro; éste sensible y cariñoso, aquel despegado y duro; quién se ajusta á las reglas de la probidad, quién las pisa y rompe todo freno. En los entendimientos no existe menor diferencia: desde el estúpido hasta el hombre de génio, hay una escala con gran número de gradaciones; y aún en personas cuya capacidad puede llamarse equivalente, las aptitudes son muy diversas. Uno tiene habilidad para obras mecánicas; otro disposicion para las artes: el de más allá aptitud para las ciencias. En estas grandes divisiones, hay subdivisiones y variedades numerosísimas. En las artes, el pintor no es músico; en las ciencias, el naturalista no es matemático, y en los trabajos manuales, aunque es más fácil educarse y ménos necesaria la disposicion especial, habrás notado que hay muchas.

Antes de pasar adelante, y hablando de aptitudes y disposiciones *naturales*, debó explicarte cómo las entiendo yo. Suele decirse: *tal cosa es conforme á la naturaleza; tal otra, contraria á ella. Esto es natural; aquello, no.* ¡Natural! ¡Dónde y cuándo? Porque lo que es natural en los salvajes, no lo es en los hombres civilizados; y entre éstos, su natural varía con sus diferentes estados sociales. Todos estos argumentos que se sacan del pretendido *estado de naturaleza*, son absurdos, y las reglas de allí venidas, inaplicables. Cuando, pues, te hablo de las causas de la desigualdad que están en la naturaleza, es esta que tienes y tenemos los que vivimos á esta hora en el mundo civilizado; de esta hemos de sacar consecuencias; conforme á ella hemos de sentar prin-

cipios y establecer reglas. De aquí á diez ó á veinte siglos, parecerán y serán naturales cosas que hoy no lo son ni lo parecen; fáciles las que hoy son imposibles; y lo que es más, injustas las que se tienen por equitativas hoy. Hemos de ser muy parcos, Juan, al usar de las palabras *siempre* y *nunca*, y muy atentos á no meternos á profetas sin estar inspirados. ¿Quién sabe lo que guarda el porvenir? Estudiemos el presente, sin quitarle la esperanza, ni darla por realidad.

Hecha esta aclaración, reflexionemos, y habremos de convencernos, que la mayor suma de igualdad posible se alcanza en el estado salvaje, y que la civilización lleva consigo indefectiblemente la desigualdad; y aún he llegado á sospechar yo, que esas tribus salvajes, que por incivilizables perecen, no pudiendo sostenerse enfrente de pueblos muy adelantados, son tal vez razas absolutamente refractarias á las desigualdades indispensables á toda civilización.

Cuando los hombres se ven obligados por la necesidad *absoluta* á tener un género de vida *idéntico*, á ejecutar todos los días las mismas cosas indispensables y fáciles, las diferencias de su natural no pueden ponerse en relieve, y sólo deberan notarse las que hay en el corto número de facultades que ejercitan. En una tribu salvaje, todos los hombres se ven precisados á lanzarse á los bosques todos los días en busca de sustento, á usar de los mismos artificios, y á dar iguales pruebas de arrojo y de constancia para apoderarse de su presa. Todos, al llegar la noche, se sienten rendidos de fatiga, y se entregan á un sueño profundo. Algo parecido se nota entre los labradores. El observador adivina afectos y facultades que permanecerán eternamente en el letargo de la inacción. Un escritor en el cementerio de una aldea ha saludado á *los héroes sin victoria*; hubiera podido saludar igualmente á los ambiciosos sin poder, á los filósofos sin ideas, á los pintores sin pincel, y á los poetas sin lira.

La necesidad de ocuparse en las mismas faenas, es una especie de nivelador, y puede afirmarse que en tal situación, aunque los hombres nazcan diferentes, mueren iguales. Al decir iguales, no se entiende con igualdad absoluta, que es imposible en ninguna circunstancia, sino el distinguirse tan solo por pequeñas diferencias.

Las desigualdades naturales, poco perceptibles entre los salvajes, se notan ya más en los pueblos pastores. Empiezan á variarse las ocupaciones, y á ser posible alguna manifestacion de la diferencia de aptitudes: hay algunos individuos que no tienen la imprescindible necesidad del trabajo material é idéntico al de todos; pueden entregarse al reposo, á la meditacion, á esos ócios en que el pensamiento despierta, se agita, lucha y crea.

Entónces, el grande ingenio se distingue ya del hombre mediano; es astrónomo, poeta, inventa el arado y las ruedas. A medida que la sociedad avanza, el genio crea nuevas artes y nuevas ciencias, que son otros tantos caminos distintos, por donde los hombres emprenden su marcha más ó ménos dificultosa, más ó ménos productiva, y en los cuales se ven cada vez mejor marcadas las desigualdades naturales, que no podian manifestarse en el estado primitivo.

Este poder de la civilizacion para destruir la igualdad, no es sólo en el órden intelectual, sino tambien en el moral y económico. En un pueblo salvaje, los débiles sucumben, y toda la diferencia de fortunas está en la que tengan los fuertes entre sí, por su mayor destreza para la pesca y para la caza. Los crímenes son casi los mismos en todos; el robo, las consecuencias de la ira, y la horrible pasion de la venganza. Las virtudes puede decirse que son desconocidas: dificilmente se comprende que haya idea de ellas, y más dificilmente aún que se pongan en práctica. Cuando se ve un hombre salvaje, puede asegurarse que es pobre, ignorante, ladron y vengativo; es decir, inmoral: el hombre civilizado podrá ser todo esto, pero es tambien posible que sea rico, instruido y virtuoso; tiene ancho campo donde desarrollar sus facultades, posibilidad de perfeccionarse, de ser sábio y de ser santo.

No han faltado hombres, y aún de los que se dicen filósofos, que han mirado como bello ideal la igualdad completa, que no es posible sino en el estado salvaje, y que lejos de ser el bienestar y la dignidad de todos, es la miseria y la abyeccion general.

De que la igualdad completa es absolutamente incompatible con la civilizacion, te convencerás con mirar alrededor de tí. No habria guerra, ni rebelion, ni desencadenamiento de pasiones antisociales, que causara igual trastorno, al que produciria la igual-

dad absoluta en un pueblo civilizado, aunque solamente durase un brevísimo periodo. Imagínate que todos fuesen panaderos, sastres, labradores, comerciantes, zapateros, albañiles, fundidores, médicos, arquitectos, soldados, químicos, naturalistas, astrónomos, etc.; imagínate si sería posible la sociedad ni un día, si todos quisieran hacer el mismo trabajo, y ninguno dedicarse á los restantes; ya comprendes que ni habría que comer, ni que vestir, ni que calzar, ni medios de trasladarse de un punto á otro, ni posibilidad, en fin, de existencia para nadie. La vida de los pueblos civilizados tiene por condición imprescindible la división de trabajo, la formación de grupos diferentes para los diferentes trabajadores, y por consecuencia, la imposibilidad de una igualdad absoluta entre ellos.

¿Cuáles deben ser los límites de esta diferencia?

¿Cuáles sus consecuencias necesarias y justas?

¿Cuáles las consecuencias abusivas que pueden evitarse?

Asunto será este de otra carta, porque esta se va haciendo ya demasiado larga.

CONCEPCION ARENAL.

SECCION HISTÓRICA



EXTREMADURA

La repulsion que inspira á la miserable humanidad toda grandeza legítima, acrecentada en los modernos tiempos con la invasion de un cierto espíritu democrático, que á la igualdad del cristianismo, sólo donde es posible establecida, ante el ara de un Dios único, la reemplaza con la nivelacion altanera de la falsa filosofía, ha tenido á esta provincia caída en el más completo olvido, para desquitarse de la alteza y esplendor con que en la historia brilla y los más grandes señores del mundo la adornaron. Ni en las profundas tinieblas que envuelven el periodo embrionario de la formación de las naciones latinas, cuando razas, pueblos é instituciones iban lentamente levantando la cabeza entre los escombros de aquel incomensurable edificio que se llamó el imperio romano, ha visto Extremadura correr tres ó cuatro décadas en tan desdeñoso olvido, como las que precedieron al gran *fiat*, que la poderosa maga de la industria moderna pronunció para ella al inaugurarse el ferro-carril hispano-lusitano en 1867.

Hasta entónces sólo habia sido la region extremeña estudiada bajo el aspecto histórico y artístico por algun sacerdote curioso, que de palacio en palacio episcopal vagaba, como el portugués Barreiros ó el latinista Alvar Gomez, ó por algun clásico admirador de la antigüedad, á sueldo de los reyes ó de las corporaciones literarias, como Valdeflores, Perez Bayer y Forner en el pasado siglo.

Para la instruccion vulgar de las clases medias, para el viajero simplemente curioso ó meramente aficionado á hojear el registro de las pasadas grandezas, como busca un niño en los libros láminas y figuras, que esta es la forma en que la generalidad de las gentes viaja, Extremadura casi no existia, ó era un gran desierto inexplorable é inexplorado, donde únicamente por imperiosa necesidad podia un hombre aventurarse, pues encinares magníficos y fértiles tierras de pan llevar eran todos sus encantos. La fama de sus bandoleros, real y merecida, ponía en este cuadro pavoroso, la firma de la autenticidad.

En la Edad Media, en efecto, tenia Extremadura, para todas las clases de la sociedad española, poderosos atractivos morales, de esos que á un pueblo viril y patriarcal lo arrastran con irresistible impulso; sus célebres santuarios, sus grandiosas ruinas, el aliento vivificador de sus bosques seculares, ofrecian al eremita la más perfecta soledad, al caballero los placeres de la gineta y la caza, y al sábio los del estudio y la contemplacion de una naturaleza virgen; pero á la moderna sociedad materializada y positiva no ha podido ofrecerle atractivos de ningun linaje Extremadura, hasta que la facilidad de las comunicaciones vino á aumentar la facilidad de las ganancias, en minas y ferias, en labores y ganaderías. Hoy los favorecidos de la fortuna tienen por moda poseer dehesas á orillas del Guadiana ó del Tajo, y las clases que constituyen la dorada corteza social, verdaderos sepulcros blanqueados de nuestros tiempos, se creerian incapacitadas de vivir en lo que se llama el mundo de los negocios, sino tuviesen acciones en Espiel y Belmez, ó en las minas de fosforita de Cáceres, y si prácticamente no conocieran la tierra que tan dorados frutos les rinde. ¡Cuán diferente espectáculo del que ella ofrecia en los siglos medios! No menores caravanas que las que ahora arrastra el ferro-carril pensando en el tanto por ciento y en el agiotage, salian de Sevilla y Lisboa en modestas cabalgaduras, con voluminosos cargamentos de enseres y vituallas, para atravesar en largas jornadas aquellas estepas tan ricas de mieses y ganados, en voto á la virgen de Guadalupe ó al Santo Cristo de Zalamea; que eran por lo comun navegantes salvados de tempestad horrorosa, ó cautivos que en sus calabozos de Argel, habian ofrecido, segun atestigua el manco de Lepanto, colgar como ofrenda de gratitud sus hierros en las paredes de algun monasterio insigne. Tal vez eran monarcas poderosos, príncipes ó sábios ilustres, que en busca de la perdida salud ó de objetos de alto estudio hacian de luengas tierras aquella peregrinacion instructiva, como al tratar de Guadalupe recordaremos.

Cambiados los tiempos y el espíritu de los viandantes, lo fué asimismo la mision del escritor, cambio que ha traído esa nube de narraciones someras y breves, cuanto entretenidas, que recordando que hoy viaja el hombre como una maleta, que en vez de marchar, pasa, y en vez de estudiar, mira, se contenta con presentarle en trazos y esbozos, á manera de lienzos móviles de cosmorama, los pueblos, los monumentos, los lugares que vá atravesando, tendido muellemente en un coche de primera. A los via-

jeros antiguos, á pesar del incansable estudio que aquella amada pátria nos inspira, acaso no tendríamos aún atrevimiento para servirles de guia, que entónces, aunque se ignoraba mucho, lo que se sabia, se sabia profundamente, y temeríamos encontrarnos entre los lectores de nuestros apuntes quien supiera andar mejor que nosotros por entre las ruinas de Mérida ó reconstruir mejor que nosotros la muralla ciclopea de Zalamea; pero á la moderna caravana de comisionistas y negociantes, cuya iustruccion se reduce á las novelas de Fernandez y Gonzalez, y todo lo más á algun libro de filosofía alemana, que no entiende el autor en su original, ni el traductor en su version; viajeros que al pasar por los sitios célebres se contentan con sacar la cabeza por el ventanillo del carruaje para poder decir en las tertulias:—«yo he visto el puente de Alcántara ó los Milagros de Albarregas,»—á esos nos encontramos, ciertamente, en disposicion de trazarles un itinerario un tanto cuanto curioso é instructivo, para que aprendan bien que Extremadura no es sólo el país de las grandes ganaderias y de las grandes tierras de pan llevar, y que puedan decir cuando pasen por ella como Jesucristo á Moisés:—«El lugar donde te hallas es una tierra santificada.»—Servirános al propio tiempo este trabajo como de ensayo, para el *Libro del viajero en Extremadura*, que darémos á luz un día no lejano, si la voluntad de Dios nos lo consiente, y á las locas pasiones de nuestro pueblo permite concluir la gran línea de comunicacion, ya por los romanos adivinada, que desde Sevilla á Mérida, de Mérida á Cáceres, y de Cáceres á empalmar con el ferro-carril del Norte, debe poner á aquellas provincias en inmediato contacto con la Europa sabia y comercial.

Entretanto, el plan de estos apuntes ha de ser forzosamente distinto, como distinta es tambien la índole de la publicacion periódica á que los destinamos.

Tiene LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD por principal objetivo en todas sus secciones, incluso la histórica, respondiéndole al espíritu del ilustre extremeño y demás consócios que la fundaron, tratar solamente aquellas cuestiones que están en su título sintetizadas; y por lo tanto, el traer este espíritu al estudio de los monumentos antiguos, del arte y de las civilizaciones pasadas, nos impone deberes que el lector comprenderá con facilidad. Vamos, pues, á llamarle la atencion principal, aunque ligeramente, sobre aquellos lugares de Extremadura, de cuyo estado actual ó vicisitudes históricas puedan deducirse altas lecciones para lo pre-

senté, ejemplos y modelos que imitar, ó terribles escarmientos que temer. Si estudiaran los pueblos con más atención la pavorosa filosofía de las ruinas, no estarían tan dispuestos á hacerlas con la piqueta ó con la pólvora.

Todas las ciudades antiguas de Extremadura ofrecen al viajero estudioso algun aliciente, pues Badajoz mismo, con ser la más desnuda y pobre, conserva todavía en su castillo un pedazo de terreno que acaso guarda entre sus ruinas los misterios de una bellísima época histórica, poco ménos que desconocida para el mundo: el imperio de los Aftasidas ó Ben Alaftas, ilustres gobernadores de Badajoz, que á la caída del califato en el siglo xi establecieron allí su dinastía, y una verdadera córte de poetas, si no de las más suntuosas, de las más célebres é interesantes, que los bárbaros almoravides destruyeron. En aquel cerro de la Muela, hoy humilde y despoblado, se han hallado recientemente hasta tres diversos restos de poblacion, en tres diversos subsuelos sobrepuestos, como si unos pobladores hubiesen edificado sus casas sobre las de otros, sin destruirlas, singularidad en Roma muy frecuente, de que no sabemos exista otro ejemplo en ciudad antigua de España.

Ocultas entre los breñales que marcan por allí la frontera portuguesa, hay otra ciudad modestísima, donde existe un barrio entero tan intacto como si fuese una joya del Renacimiento conservada en un Museo de antigüedades. Los nobles de Cáceres viven hoy de igual modo que sus antepasados del siglo xv vivían, dentro de un adarve inexpugnable á las armas blancas, en fortalezas con barbacanas y saetias, torres del homenaje y levadizos puentes. Y lo que de Cáceres y Badajoz, puede decirse de todas las poblaciones antiguas de Extremadura, de Alcántara y de Jerez de los Caballeros, de Fregenal y Plasencia, de Coria y Zafra, de Llerena y Trujillo, de Medellín y Zalamea, que todas, ya bajo de un aspecto, ya de otro, ofrecen altísimo interés al viajero observador, y encierran una página de primer orden para el libro de la historia, para el arte ó la literatura. No es descifrarla, segun dejamos insinuado, el objeto que nos proponemos ahora, sino meramente saltar algunos de sus párrafos principales; hacer un índice algun tanto razonado para el viajero observador.

A poco que esa historia sea conocida, atraen con su brillo poderosísimamente la atención dos puntos luminosos, que reconcentran los más vivos resplandores de lo pasado, y son, á toda luz que se los mire, síntesis magníficas del espíritu extremeño en la

antigüedad y en las modernas edades. Mérida y Guadalupe, no nos cansaremos de repetirlo, tienen siempre que servir de punto de partida para la historia del occidente de España. Ellas han sido el foco iniciador de la unidad nacional en los períodos más críticos de nuestra existencia, y si la índole de este trabajo y el progreso de las investigaciones arqueológicas nos permitiesen disertar sobre puntos hasta hoy oscurísimos con la detención necesaria para que nuestras hipótesis pudieran con algunas pruebas elevarse á la categoría de hechos, acaso demostraríamos que la misión de Mérida en los tiempos de Viriato y Sertorio, cuando la raza ibérica demostró sus primeras tendencias á constituirse, fué muy semejante á la del monasterio de Guadalupe en los últimos años del siglo xv, que en más alto escrito hemos detalladamente bosquejado ante una ilustre Academia.

Vienen luego en aquella raza movimientos de otra índole, y vemos también en Mérida su poderosa iniciación. Alborea el cristianismo entre los godos, y allí se encierra Hermenegildo rebelando contra su padre, donde tantos cristianos emeritenses le asisten que contrasta largo tiempo todas las fuerzas del imperio gótico, y allí se hace acreedor al martirio que había de ponerle en el catálogo de los santos. En Mérida se ahogan después entre los brazos del pueblo y de la opinión como hoy diríamos, que no por esfuerzos de las clases gobernantes, las conspiraciones arrianas que alentaba quizás la misma corte de Toledo, á la cual disputa entonces Mérida, sino su primacía arzobispal, el asiento de los Concilios, como una centuria después había de competir con ella y aún eclipsarla resistiendo la invasión de los agarenos. Decaída ya y maltratada, por los celos de sus nuevos señores, que destruyen los monumentos romanos con igual furia que los góticos, todavía halla fuerzas en más de una ocasión para dar la señal de las rebeliones, levantando probablemente la bandera de la Cruz; y en tanto aprieto pone al califato de Córdoba, que toman por buen acuerdo los califas hacer en ella largas estancias para espiarla más de cerca, donde mueren unos y otros celebran su proclamación, hechos que por desgracia no han dejado en la historia otro rastro que su noticia.

Parécenos que sólo este breve resumen de la importancia de Mérida en tan remota antigüedad, autoriza la preferencia que vamos á darle entre todas las ciudades de Extremadura, pues aún entre las de España, con muy contadas excepciones, podría tenerla con esos títulos establecida. Conviene saber también que sin

el estudio de la formacion y desarrollo de aquella gran ciudad, donde las razas más viriles que han dominado la Península depositaron como en el panal la abeja la miel de sus más altos pensamientos, no se comprende el carácter extremeño, mezcla confusa y misteriosa de rudeza y penetracion, de actividad y holgazanería, potente en el iniciar de las empresas, vigoroso en ejecutarlas y desmañado y torpe en concluir las. Acaso parecerá enojosa á alguno mi insistencia en ciertas ideas que considero fundamentales, para apreciar el cuadro inmenso de la mision histórica de Extremadura; pero no soy poderoso á reprimirla cuando á cada hora descubro nuevos datos que me hacen preguntar á la naturaleza, por qué extrañas combinaciones llegó á la formacion de un tipo tan peregrino y singular. Acaba justamente de ver la luz en 1873 un libro desconocido, que sobre las campañas y empresas del emperador Carlos V escribió un soldado cordobés, Martin Garcia de Cereceda, hombre sin letras y tosco sobre toda tosquedad; y allí me le encuentro confuso y meditabundo en lo más recio del asalto de Roma, contemplando á un noble emeritense, que se arroja del muro con la espada en la mano, vuelto el rostro hácia su patria, á quien dirigia una invocacion por todo extremo oscura, significativa, preñada, más que de un español del siglo xvi propia de un héroe lacedemonio.— Léase, léase este curioso párrafo, que en efecto muy graves reflexiones autoriza:

«¡Quién podria decir los fechos e defechos de algunos particulares soldados! Entre ellos un soldado, estando sobre los muros de Roma, volviendo la cara hácia el Poniente, trayendo su espada en la mano, diciendo *o madre que hoy serás vengada*, se echó entre los enemigos, el cual fizo tanto daño entre los romanos que muy por entero cumplió su palabra. Anduve mucho por saber quién fuera este particular y por qué habia dicho estas palabras, y alcancé á saber ser un noble meridion ó vero de Mérida.» (1).

(1) *Tratado muy breve, en el qual se tratan las batallas y ligas y exércitos, con todos los otros acontecimientos que en Italia, Francia, Austria, Berberia y en otras partes ha tenido el exército de la Magestad Cesárea, desde el día de San Pedro y San Pablo del año de mill e quinientos e veinte e uno, hasta los diez e siete de Noviembre de mil e quinientos e quarenta e cinco*, por Martin Garcia Cereceda, cordobés.—Tomo 1, pág. 176. (Publicacion de la Sociedad de Bibliófilos españoles.)

Conviene saber que en el estilo del autor, plagado de italianismos como el de todos los soldados de su época, *vero* debia de significar *ciertamente, en realidad de verdad*, pero él lo aplica á manera de disyuntiva, ó sea, *vamos al decir*. Lo advertimos, porque no vaya á creerse que se trata de algun Vera, familia que ha tenido la debilidad de atribuirse todo lo que suena en la historia algo semejante á su apellido, desde los veros romanos hasta los de la heráldica.

Sin ser nosotros el buen soldado cordovés, ni haber contemplado la homérica actitud del emeritense sobre la muralla romana enhiesto, amenazando quizás al castillo de Sant-Angelo, no hemos podido ménos de preguntarnos una y otra vez: ¿qué secreto impulso le movía? ¿qué afrenta vengaba? ¿á cuál de sus patrias tan patética invocacion dirigia? Porque áun dado que fuese á España, á la nacion entera de Carlos V, ofendida por las veleidades del Pontífice, hay verdaderamente cierta salvaje virilidad en hacer suyas con tanto fervor un buen cristiano, como el emeritense debia de serlo, ofensas hechas ántes á su Rey que á su nacion por el Cabeza visible de la Iglesia católica, á quien muchos de aquellos soldados consideraban impecable; y tanto fué así, que se eligió á los extranjeros para formar el núcleo del ejército sitiador. Ni las ofensas, por otra parte, eran de aquellas que el pueblo siente, como si cayeran en su propio rostro, sino de las que hoy llamamos diplomáticas, pues habian comenzado en pasarse Clemente VII al partido del Rey de Francia, poco ántes de la batalla de Pavia, que fué por cierto notable oportunidad, de la Corte Pontificia no muy propia. ¿Era Mérida la patria á quien vengaba? Pero la ciudad de los licenciados de Augusto, ántes que ofensas repetidas mercedes, el sér mismo, los más gloriosos títulos y preeminencias habia de Roma recibido, hasta parecer en la orilla del Guadiana, fidelísimo trasunto de la metrópoli tiberina. ¿Era, en fin, una ofensa personal, uno de esos terribles secretos de familia, el que armaba su brazo y movía su lengua? ¿habia sido quizás deshonorada su madre por un clérigo? Pero en 1527, ni esto se estimaba deshonor, ni iba en poco ni en mucho contra las costumbres públicas, ni áun contra las vulgares preocupaciones. Réstame solo una sospecha como explicacion de tan enigmático suceso. ¿Estaria el voluntario emeritense, (*particular* le llama Cerezeda) tocado de aquella fiebre antipapista, prima hermana de la heregia de Lutero y su predecesora en el mundo de las ideas, que tantos estragos hizo en la España meridional y occidental, principalmente entre los poetas, como atestiguan Sanchez de Badajoz y Torres Naharro? Es muy posible. Este último, que en su ódio á Roma habia llegado á escribir en su *Propaladia*,

.....la llaman y me fundo,
unos cabeza del mundo,
yo cabeza de inmundicia,

hubiera sido muy capaz de arrojarse del muro, apellidando venganza y esterminio, como el *vero meridano*.

Sea de esto lo que sea, y aunque el suceso quede sin explicación, no ha de negársenos que la dá muy cumplida de los grandes á incomprendibles caracteres que en Extremadura se formaban al calor de los elementos poderosos que á su constitucion orgánica habian contribuido. Pues este estudio preliminar é indispensable sólo ante las ruinas de Mérida puede hacerse, y por eso vamos á empezar por ellas nuestra peregrinacion.

V. BARRANTES.

CRÓNICA Y VARIEDADES

LA BELLEZA Y LAS BELLAS ARTES POR JOSÉ JUGMANN

El Sr. D. Juan Manuel Orti y Lara acaba de hacer un nuevo servicio á las letras y la filosofia, traduciendo directamente del aleman la obra en dos volúmenes, que lleva por titulo el del anterior epigrafe, y cuyo anuncio verán en su lugar nuestros lectores: trata-do importante de materia hoy en boga, en el que se examinan altas cuestiones metafísicas y se hace ver lo que acerca de ellas habia adelantado desde antiguo la filosofia de Sócrates y sus discípulos y la del cristianismo. Para que pueda comprenderse la mente del autor, brevemente indicada en el prefacio de la obra, insertamos este á continuacion, con lo cual se hallará más justificada la recomendacion que hacemos de este barato é importante libro.

PRÉFACIO

«Una época verdaderamente rica en poesia,» ha dicho uno de los últimos escritores de la escuela romántica, «una época rica en poesia no se detiene á reflexionar en su propia belleza; porque la posea al modo que un hombre sano goza de su salud, sin advertirlo. Sólo despues que la belleza se ha perdido, es cuando se la busca de intento, ó se la construye filosóficamente; entónces nace la *Estética*.»

La filosofia moderna pretende para sí el honor, no sólo de haber

sido la primera en aplicar á la belleza y á las bellas artes la atención que pide su inteligencia, sino de haberla llamado como fundadora de la *Estética*, á ocupar el lugar que le corresponde en el plan de la metafísica. Pero al invocar la autoridad de la época en que «se perdió la belleza», ¿no pudiera decirse que esta filosofía, hija de aquella época, reconoce que no tiene sentido alguno para la poesía?

No queremos examinar aquí este punto. La verdad es que de ningún siglo puede decirse que carece de la ciencia de lo bello, ni del conocimiento de las bellas artes, porqué carezca de algun sistema de *Estética*. La belleza, no ménos que la verdad y el bien, es una de las ideas primeras, elementales, del espíritu humano. Allí donde crece y se desenvuelve la ciencia propiamente dicha, allí donde esta ciencia llega á un alto grado de esplendor, como en la antigua Grecia, ó como en los pueblos cristianos de la Edad Media, allí tambien aprehende de necesidad el verdadero concepto de la belleza, considerada en las razones más íntimas de su esencia, y aunque por ventura no llegue á comprenderla bajo una fórmula determinada, pero de seguro abarcará todos los elementos que la constituyen. Que la antigüedad en general y la Edad Media en particular pueden desafiar á los tiempos modernos en fecundidad artística y en la excelencia de sus obras, cosa es que no hay necesidad de averiguar desde que el arte mismo ha comenzado ya á esperar su salvacion «del porvenir.» Acaso el presente escrito tenga virtud para persuadir principalmente á más de un lector, que aún en lo que toca *al concepto y á la teoría de lo bello*, lo pasado no tiene nada porque temer, si se le compara con lo presente. Pero, aún dejadas á un lado por vía de abstraccion así la historia del arte como la de la filosofía, ¿no es por ventura agraviar á la razón humana y á la ciencia, el decir que por espacio de cerca de seis mil años nada se ha conocido ni aún presentado acerca de la belleza y de las bellas artes, y que estaba reservado al pensamiento especulativo del último siglo dirigir una mirada profunda á la esencia de ellas?

No se crea por ésto que nuestra intencion en el presente libro es hacer una apología de la ciencia de las edades pasadas en su relacion con nuestro objeto. Nuestro intento se reduce únicamente á definir con verdad la naturaleza de la hermosura, y juntamente los conceptos que tienen ó parecen tener con ella parentesco; á exponer con claridad y rectitud la esencia de las bellas artes y sus leyes necesarias; á destruir los errores que sobre esta materia han desviado la ciencia del camino de la verdad; á combatir con razones falsos principios. Despues de esto, no vacilamos en dejarnos seducir por

la máxima que aconseja inclinarnos ante la verdad, cualquiera que sea el sistema, la teoría, el método científico, donde nos salga al encuentro. Tal nos parece acaecer entre las escuelas filosóficas del paganismo á las que próxima ó remotamente recibieron su doctrina de Sócrates. Mas, al nombrar al lado de la socrática la filosofía cristiana, en cuyas razones se funda el resultado de nuestro estudio, no es nuestro intento significar con este nombre la filosofía de ningún periodo de tiempo en particular, ni de ningún sistema ni escuela determinada, sino entendemos bajo el título de filosofía cristiana la que siempre tiene presente que «toda la sabiduría viene del Señor Dios, y con él estuvo siempre y existe ántes de los siglos (1).» Por filosofía cristiana entendemos el sistema de aquellas verdades naturales, de cuya rectitud no nos permite dudar el conocimiento sobrenatural que nos da la fé, ántes bien las protege y confirma á nuestros propios ojos: por filosofía cristiana entendemos el conjunto ordenado y científico de conclusiones del pensamiento racional que convienen bajo todos conceptos con la divina revelacion, que guardan la más cumplida y positiva conformidad con la enseñanza de Jesucristo y de su Iglesia. No se nos oculta por cierto que á una ciencia que tales máximas reconoce, se la suele dar de lado en ciertas partes, simplemente porque se la considera espiritual y ascética, teosófica y teológica.

Tales medios de hacer la guerra á verdades que no ama el corazón del que la hace, cuestan poco á la verdad; y sin embargo á esto se reduce todo su mérito. Pero á despecho de semejante modo de argüir, no es ménos cierto que sólo una filosofía como la que hemos dicho, conviene á los cristianos; que sólo ella es digna del verdadero sábio; que sólo ella es verdaderamente racional: porque una vez reconocidos el hecho de una revelacion sobrenatural y la existencia de una Iglesia de Dios, sólo aquella filosofía que visiblemente está á salvo contra el error, posee la seguridad y firmeza necesarias de la verdad.

Insbruck, día de Santa Cecilia del año de 1865.

José JUNGMANN.

(Traducción española, Febrero de 1874.)

(1) «Omnis sapientia á Domino Deo est, et eum illo fuit semper et est ante eum.» Eceli. i. i.

Juegos florales de Málaga. Se van propagando por varias regiones de España los juegos florales, que en las de Cataluña y otras de agudeza y allende el Pirineo, en donde brilló tanto en otros días la *gaya ciencia* lemosina, vienen celebrándose ya hace algunos años. La Academia de ciencias y literatura del Liceo de Málaga celebró á fines del año último los suyos; y entre otras composiciones fué premiado con la rosa de oro el romance histórico *Roger de Flor*, escrito por la precoz poetisa doña Josefa Ugarte Barrientos, de 18 años de edad, también premiada en el certámen anterior por otro romance *La conquista de Málaga*, y de cuya inspirada y correcta pluma vieron ya nuestros lectores una bellísima muestra en la composición *A la patria*, inserta en el número 66 de esta Revista, correspondiente al 20 de Enero del presente año.

Felicítamos, cual lo merece, á la jóven autora por sus triunfos repetidos, y agradecemos sobremanera la dedicatoria que nos envia con el ejemplar que hemos recibido.

Institutos industriales de Tarrasa y Sabadell. Para el desarrollo y fomento de la industria en la activa y culta ciudad de Tarrasa se ha formado á fines del año próximo pasado un instituto, cuyo reglamento nos ha remitido su ilustrado secretario el Sr. D. José Prats y Miarous. No ha mucho que se estableció en la rica y populosa villa de Sabadell otro círculo industrial de mucha importancia, á cuya junta directiva y á su dignísimo vocal el señor don Juan Sallarés Pla, debimos igual atención y ofrecimos la cooperacion de esta Revista para el vasto plan y oportunísima idea de educacion de la clase obrera, que se proponia. Son loables sobremanera estos medios legítimos, eficaces y adecuados, de estudio, de asociacion, de mejora y mútua ayuda, en que el genio catalan, enérgico y activo, impulsa á que se congreguen el valor y facultades de muchos, para bien de todos, incluso, en primer lugar, los obreros, que son los más de cerca interesados en el florecimiento de las industrias de todas clases. Lo que es menester al par de esto, es que las autoridades y el Gobierno ayuden, en vez de dañar ni ofrecer obstáculos, al planteamiento y fecundidad de estas mejoras con los medios naturales que están en su mano, y en especial con el mantenimiento á todo trance del órden público y de la seguridad de los intereses morales y materiales de la vida social y privada, sin lo cual es imposible que arraigue ni prevalezca ningun proyecto beneficioso, por acertado que sea.

Reparacion de sacrilegas profanaciones. Han sido abiertos de nuevo al culto los templos que se habian destinado á cuarteles en las anteriores revueltas de Barcelona, segun se lee en *El Diario* de aquella ciudad.

En la mañana del día designado ha tenido lugar la reconciliacion de la Iglesia parroquial de Belen. Han asistido á la ceremonia, además del reverendo cura párroco celebrante y clero de la parroquia, la ilustre Obra y gran número de fieles, anunciándose al público por la campana de la parroquia. En las puertas del templo habia varias señoras que recogian limosnas destinadas

a costear los crecidos gastos que han debido hacerse para abrir otra vez al culto la suntuosa iglesia

Esta ha sido limpiada, habiendo faltado tiempo para dejar del todo arregladas las capillas. Unicamente la del Santísimo Sacramento y la de la Virgen del Cármen estaban completas: en las demás faltaban aún las imágenes y cuadros, y en algunas, varios adornos de escultura. Despues de la bendicion ha quedado expuesto el Santísimo Sacramento.

Donativo para la Biblioteca parroquial de Pedreguer, partido de Dénia, provincia de Alicante.

Al señor Don Vicente Guardiola hemos remitido para que formen parte de la biblioteca parroquial de Pedreguer, las obras y opúsculos siguientes:

	<u>Ejemplares.</u>
<i>Catecismo del Pueblo</i> , por D. José Marín Ordoñez.....	2
<i>El Papa es Infalible</i> , por Monseñor Segur; traducion de D. José Musso y Fontes.....	2
<i>El Positivismo Materialista</i> , por el P. Zeferino Gonzalez.....	2
<i>Una Esquela de un Ateo y Discurso sobre el lujo</i> , por D. Antonio María Segovia.....	2
<i>La Internacional y la Religion de Jesucristo</i> , por D. Juan Bravo Murillo.	2
<i>La Internacional y las Damas Españolas</i> , por D. Juan Bravo Murillo.	2
<i>Necesidad del Catolicismo para el buen gobierno de los pueblos</i> , por Don Angel Sanchez-Rubio Ibañez.....	2
<i>Roma y el Catolicismo</i> , por D. Carlos María Perier.....	2
<i>La Libertad de Cultos en España</i> , por id.....	2
<i>El Doctor Büchner ó el Catecismo de los Materialistas</i> , por D. Francisco Caminero.....	1
TOTAL.....	19

Y habiéndose suscrito á LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD desde 1.º de Octubre de 1873, en que se principió el tomo IV de la Revista, le hemos remitido á la vez por la mitad de su precio los tres primeros tomos para dicha biblioteca.

Uno y otro haremos igualmente con todas las que en España se formen.

Advertencia sobre un supuesto misionero. *La Voce della Verità* del Roma ruega á los demás periódicos católicos la reproduccion de la siguiente nota:

«Desde hace un año recorre, así Italia como otros países, con objeto de recaudar fondos para el rescate de niños negros, un supuesto misionero del África central, hombre de unos cuarenta años, natural de Verona y que viste unas veces de sacerdote y otras de religioso de la orden de Mínimos observantes. Hacemos público que dicho sugeto no lleva certificado eclesiástico auténtico y que nadie le ha encargado dicha comision.»